

Kabir - Tagore ⁽¹⁾

Desde que yo he comenzado a estudiar y a darme cuenta de los problemas íntimos de nuestra nacionalidad arrancados del corazón de su historia, he adquirido la convicción de que el Odio en ella se revela con los caracteres de una ley histórica. Y he mantenido esta convicción en silencio, hasta que la ocasión de escribir algo que podría por el género titular "un discurso sobre la historia argentina" — tipo Bossuet o Prevost Paradol, — pero que intitué "El juicio del siglo", o "Cien años de historia nuestra", me decidió a enunciar el referido postulado del odio como agente generador de los más tristes sucesos de la centuria cumplida en 1910. Y no estaba muy seguro de haber pensado bien, cuando la visita de un agudo y valeroso escritor español, con quien se honra su generación y su patria, Ortega y Gasset, me indujo a leer sus libros. Pues bien, allí encontré la confirmación esencial de mi juicio, donde dice: "los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente... Yo quisiera proponer en estos ensayos, a los lectores más jóvenes que yo... que expulsen de sus ánimos todo hábito de odiosidad, y aspiren fuertemente a que el amor vuelva a administrar el universo". Y luego exhorta a inspirarse en aquellos que predicaron el amor a la comprensión. Esto es decir que entra en pleno campo platónico y budista, pues en ambos se proclama la única senda para llegar al amor, que es el conocer, y para llegar al saber, que es el amor. («Meditaciones», I, 19, 20 y 21). Y luego, en la observación de nuestra propia vida, la tara ancestral del odio se me apareció en toda su horrible desnudez y violencia, y por efecto de contraste, enardeció mi pasión por el estudio, por todo lo que inspira y conduce a la concordia, la benevolencia, la

(1) Reproducimos las palabras de amor y belleza con que terminara Joaquín V. González su meditación de los "Cien Poemas de Kabir".

tolerancia entre los hombres, y más si pertenecen a una sola nación. Y lo vengo predicando en todas las formas — “*vox clamantis?*” — y posiciones a que la acción pública me ha conducido.

Cuando pude leer a Tagore, después que había leído a Leonardo de Vinci, a través de sus biógrafos y de sus propios escritos, mi regocijo no tuvo límites al poder reforzar mi pobre voz con el de aquellos preclaros instrumentos de la música de amor. En “*Sudhana*”, página 106. Tagore dice que “la necesidad de amor es una especie de encallecimiento, pues el amor es la perfección de la conciencia”. Y agrega esta sentencia que he citado ya muchas veces en mis conversaciones, pláticas y discursos con los alumnos de escuelas y universidades: “Nosotros no amamos porque no comprendemos, o más bien, no comprendemos porque no amamos”. Porque el amor es el último sentido de todo lo que nos rodea. No es un mero sentimiento: es una realidad: es el goce que se halla en la vida de toda creación. Esta es la idea que Dante lleva a la región del más alto misticismo teológico en su divino poema, en aquel “*cerchio que piú ama e che piú sape*” — que sugiere la conmovedora visión de San Agustín y Santa Mónica, de “*hoc momentum intelligentiae*” que anticipaba la visión directa de la Esencia Divina. La inteligencia del medio físico nos abre los caminos materiales: el conocimiento del medio espiritual nos abre la senda que lleva al santuario de los corazones; y así nuestro yo egoísta y exclusivo se difunde, irradia y penetra en un medio, en una alma más grande, que es la de la sociedad, del conjunto de nuestros conciudadanos, de nuestros hermanos de todo el mundo. El deseo, la ambición o la sed del goce exclusivo son una negación del amor, y cierran las vías hacia la verdad, y “este es el mayor mal que hacemos nosotros a nuestra propia alma... El produce esas feas lacras en el cuerpo de la civilización, y es sólo un método progresivo de suicidio espiritual. Da origen a... sus vengativos códigos penales, sus crueles sistemas penitenciarios, sus métodos orgánicos de explotación de las razas extrañas, hasta el extremo de hacerles imposible la adquisición de la disciplina del propio gobierno y los medios de propia defensa”. Leía yo estas bellas palabras poco después de ruidosas asambleas en Londres, en las cuales los más eminentes oradores — Mr. Asquith en primer lugar — preconizaban la política de la recíproca comprensión como medio de estimarse o dejar de odiarse los pueblos, y cuando el libro — sublime mensaje de amor del alma de la India contemplativa y mística al alma de la Europa contemporánea — de Tagore fué publicado en 1914, el Odio sopló su vendabal sobre el mundo entero, para envolver en su rojo polvo cósmico el cielo, arrullado entonces por tanta música de amor y fraternidad.

Y después de «Sudhana», todas las demás obras, saturadas del puro y sincero y primitivo amor de la tierra, y el que duerme en estrofas de diamante en los sagrados libros, y más tarde la versión de Kabir, que sólo es una sinfonía sideral antigua, ejecutada en el arpa nueva del bardo de «Gitanjali», «The Gardener», «The fruit gatherings»: «Sólo comprende aquel que ama», os dirá Kabir: «La cerradura del error clausura la puerta; ábrela con la llave del amor», y entonces — oíd bien, esta canción, que repercutirá muy lejos en el tiempo por venir — «todas las contradicciones estarán resueltas»; y Tagore, que trasfunde el alma de Kabir en su libro ya citado, comenta esta sentencia diciendo: «en el amor todas las contradicciones de la existencia se funden y se pierden». Sólo en el amor hay unidad y dualidad invariables. El amor debe ser uno y dos al mismo tiempo. Sólo el amor es acción y reposo a la vez. Nuestro corazón cambia constantemente de lugar hasta que encuentra el amor, y sólo entonces descansa». Es indudable que esta filosofía, que no vacilo en calificar, como Lahor, de rigurosamente científica, habla del amor como una sola e indivisible esencia, que toma las formas sin cambiar su virtud originaria. Esa es la realidad que trascienden los poemas indios, en los cuales no es siempre posible marcar la línea divisoria entre lo que pudiera la mente imaginar amor divino, puro y abstracto, y el amor místico, en el cual aquél se impregna de humanidad y de naturaleza, como que de ellos surge espiritualizándose hacia la divinidad o el Infinito, que volviendo a su fuente primitiva, y el amor humano, que puede decirse unido por el rayo supremo del único y eterno amor difundido en toda cosa del mundo. «Un solo amor impregna todo el universo... Ciegos son los que esperan verlo con la luz de la razón, de esa razón que es causa de separación. (XCVII, 8-9). Ciegos son éstos y mudos los otros, aquellos que comprendiendo, y convencidos de la verdad de la afirmación genérica, inventan las divisiones y subdivisiones de lo único indivisible que existe — la esencia generadora del universo mismo.

Unas líneas más arriba he nombrado a Dante, y me creo obligado a recordar al lector el simbolismo dominante en toda la «Divina Comedia» de aquella Beatriz, que fué la primera visión de amor del formidable poeta, visión de infancia que ilumina su vida entera, cuya realización fué imposible en el mundo, pero a la cual, por un progresivo proceso de espiritualización y beatitud por la ciencia y el dolor, llevó hasta identificarla con la gracia divina, que es suprema ciencia, y con la idea de la liberación de su alma, de toda ligadura terrestre. El político que había pasado por todos los horrores de la guerra civil, de odios, miserias y torturas sin número, es redimido por la poesía, que lo visita, lo inspira y lo guía, bajo la

forma de una Beatriz ideal, en cuyo amor su alma se transmuta, dejando en el fondo del crisol sus odios y sus venganzas, para sólo deleitarse en el infinito goce de aquel sentimiento, que es caridad y sabiduría — y al fin, perdón. Porque el que ama la mujer de su predestinación, entra en la plenitud de la vida del espíritu, y se aparta de toda sugestión de odio hacia cualquiera cosa o persona; y este deleite íntimo del perdonar por amor, refluye sobre la calidad del amor humano y lo embebe de la esencia de ese deleite, que es ya místico, porque es universal, y su ascensión a la pura espiritualidad es obra de un instante. “Y si hay lujuria, ¿cómo puede haber amor?”, exclama Kabir (XXXVII); y en los raptos poéticos de los místicos de ambos sexos, ninguna sensación de materialidad trasciende de las imágenes, exaltaciones y deliquios amorosos con que pintan su pasión divina. Budha explica así su doctrina de amor, diciendo que el que llega a la liberación por ese camino, “no podrá ya engañar, ni mantener odio, ni desear hacer mal a ninguno. Sentirá amor ilimitado por todas las criaturas... Sentirá expandirse su amor en torno suyo, porque es ilimitado y sin obstáculos, y porque queda libre de toda crueldad y de todo antagonismo”. Los místicos cristianos, y Santa Catalina en grado sutilmente intenso, abundan en esta misma beatificación por el amor; y así la inmaculada Eufrosina, en carta a unos sacerdotes sobre el amor al prójimo, y contra la pasión del odio, toda impregnada del puro misticismo de Jesús, demuestra cómo el amor funda la paz en el corazón del hombre; y si con la esencia de su doctrina se siente el perfume de aquel precepto de “amarse los unos a los otros”, será la vía hacia la paz entre las gentes del mundo todo, la de las naciones — “e della grande guerra fece la grandissima pace”.

El místico hindú contemporáneo, que tanto anima estas páginas, pues me ha dado ocasión de conocer a Kabir, no pierde de vista los más vastos problemas humanos al exponer su doctrina de amor. “Nunca tendremos un concepto cierto acerca del hombre mientras no sintamos amor por él. La civilización debe ser juzgada y evaluada, no por la suma de poder que ha desarrollado, sino en cuanto ha evolucionado y dado expresión, por sus leyes e instituciones, al amor de la humanidad”. La democracia no es esa palabra vana y uso de los políticos profesionales que ignoran su sentido, como el motorman empírico que ignora la ciencia de la máquina cuyos resortes maneja: ella es un estado de alma colectivo, en el cual cada individuo se siente identificado, de manera que nunca en él puede producirse el caso de esos “poderosos grupos de hombres que sólo miran en los pueblos meros instrumentos de su poder”. La educación prepara por eso el estado del alma colectiva para la demo-

cracia, por medio de una afinación de los sentidos espirituales en el diapasón de la masa. El egoísmo crea los predomios forzados, y el egoísmo ignora esa alta ley de armonización. "Cuando un hombre siente el latido rítmico de la vida del alma del todo en su propia alma, sólo entonces es libre". Pero la ignorancia nos aleja de este "estado de alma" superior para mantenernos separados unos de otros, interdesconocidos, y sólo obligados por leyes de fuerza a marcar ritmos mecánicos que se interrumpen por cualquier obstáculo. En cambio, la ley del amor engendra las más fecundas consonancias, coöperaciones, unidades y fuerzas insospechadas que no residen en el poder militar ni en el poder económico exclusivos, sino en la realidad de esta fuerza vital, incorpórea e insuperable que es el ritmo interno de la colectividad, traducido en un común ideal de vida, que es aspiración común de un "más allá" irresistible.

Si Dios es amor, como lo concibe la filosofía budhista, éste no ha tenido jamás principio ni tendrá fin, porque se crea a sí mismo y su fin es crear constantemente. En ninguna parte se dice que Dios es un ser antropomorfo; y los poetas como Kabir llegan a hablar de su cuerpo de modo figurativo, diciendo que "la forma de amor es su cuerpo. Su forma es infinita e impenetrable". ¿Cómo podría definirse, precisarse, manifestarse en una figura gráfica? Se caería en la idolatría, y se vulgarizaría tanto, hasta identificarse con las rudas concepciones de las razas inferiores y bárbaras, o de esos estados sociales en que la ignorancia conserva a las gentes en condiciones de asimilarse la forma de Dios a la suya. Una de las pruebas del alto valor de la civilización hindú, en su sentido esencial, filosófico y religioso, es el hecho de la incorporización del concepto de Dios, llevándolo al más alto plano de la idealización mental, sin caer, no obstante vivas apariencias de lenguaje e imaginación, en lo abstracto e imprecisable, que rechazan de plano los poetas místicos como Kabir. Por eso a veces nos creemos transportados al pleno dominio del sensualismo encarnado en formas humanas; pero no se tarda en percibir que tales cosas no son sino efectos de los elementos comparativos con que se da claridad e intensidad de sentimiento y visión humana a las puras concepciones ideales. ¿Se quiere una más clara del amor que ésta de Kabir? "Más que todas las cosas, quiero este amor que me hace vivir una vida ilimitada en este universo" (XXIX, 1). Desde el principio de los tiempos existe amor entre tú y yo. ¿Cómo podría extinguirse?" (XXXIV, 4). Así es cómo el poeta, en sus arrobamientos místicos, llega a figurarse a su Dios como el Amante espiritual, y lo hace actor de cuadros de sublime entusiasmo y emoción, arrancados de la sugestión de escenas y sentimientos terrenos; y entonces, como en las odas de San Juan de la

Cruz y de Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, se llega hasta sentir el estremecimiento de la proximidad a una realidad puramente humana, como el himeneo místico en el caso de la interpretación dogmática del «Cántico de los Cánticos». Así en el canto LXXXVIII, casi sentimos la impresión de la entrada material de un Dios hecho hombre en la casa del devoto; y por una viva sugestión de la forma y de la figuración poéticas, nos imaginamos ver entrar a Jesús en la casa de Betania, aquel hogar del Sin Hogar, en cuya puerta, acaso, reprimía un suspiro y secaba una lágrima. Oiga el lector este salmo, este himno de la visitación, de la hospitalidad sagrada:

“Este día es querido para mí sobre todos los demás días, porque hoy mi amado Señor es huésped en mi casa.

“Mi habitación y mi patio se han embellecido con su presencia.

“Mi corazón ansioso canta su nombre y ha quedado absorto ante su grande hermosura.

“Yo lavo sus pies y contemplo su rostro, y depongo delante de él mi cuerpo, mi espíritu y todo cuanto poseo.

“¡Qué día de regocijo es aquel en que mi Amado, mi tesoro, viene a mi casa!

“Todos los males huyen de mi corazón cuando veo a mi Señor.

“Mi amor lo ha tocado: mi corazón está anhelante por su nombre, que es la Verdad.

“Así canta Kabir, el siervo de todos los siervos.”

¿Para qué más ejemplos, si con este solo habría bastado, no sólo para penetrar hasta lo más sutil e íntimo del alma de este gran poeta, y ya un verdadero Rishi, o Suffi, sino para afirmar una vez más la unidad de la inspiración de todas las razas vecinas de la vasta y privilegiada región que por el Oriente bañan con sus aguas sagradas el Ganges, el Sumna, el Indo, el Tigris, el Eufrates, el Nilo, el Mediterráneo, los cuales, sin duda, han impregnado el alma de sus bardos de una misma tonalidad lírica, de una misma coloración de imágenes, de una misma inspiración y visión místicas, las cuales se revelan en los antiguos cantos hebráicos, anteriores y contemporáneos de Salomón, en los de los poetas árabes y en los poemas religiosos y profanos de la India antigua y moderna? Pero de estos últimos, como ya dejo transcrito, se desprende, además, sobre todos aquéllos, la persistencia y el triunfo de la religión del Amor, que no sufre eclipse real, si se prescinde de épocas en las cuales decayeron sus cultos materializados por la casta sacerdotal o las órdenes clericales de todas sus sectas, que convierten en comercio o profesión lo que en el fondo de los libros santos es una pura doctrina de amor, abnegación y propio perfeccionamiento. Débese esta victoria de la filo-

sofía sobre todos los obstáculos históricos, de propio y extraño origen, a la inmanente esencia inmortal de todo lo que es verdadero, impersonal y científico, de todo lo que se funda sobre el reconocimiento de las leyes de la vida universal, contra la que son inútiles las construcciones artificiales del interés o de la fuerza, o de las convenciones humanas. Aquéllas no desconocen las exigencias de la vida individual, social y nacional; y aunque, como el cristianismo, busquen ante todo un reino espiritual, no se encierran en éste para no volver más a la tierra, sino que armonizan y unifican ambos destinos. Si se lee el canto XL y la nota del traductor argentino, se verá hasta dónde el superidealista Kabir era lógico en su plan de reforma del orden religioso y social. Es digno de amor aquel que consigue hacer volver a su hogar al vagabundo. "En el hogar está la verdadera unión, en el hogar está el goce de la vida. ¿Por qué abandonaré yo mi hogar para errar por la selva? En el hogar hallará a la vez "límite y liberación". Y el cantor resume su "envío" final con la afirmación de que "el hogar es el sitio de la morada; en el hogar está la realidad; el hogar ayuda a alcanzar a Aquel que es la realidad suprema". Y así no sólo se funda la base de una idea nacional y patriótica indestructible, sino que es el poeta revolucionario contra el dañoso quietismo de la falsa contemplación, que llevó a los más aptos hacia las soledades de las selvas, hacia las cuevas de los montes, fundando el ascetismo y el monaquismo furiosos que despoblaron las ciudades y aniquilaron las fuerzas vivas de los pueblos de la Edad Media, y que, en cuanto a la India se refiere, llegó hasta el paroxismo de la mortificación. "Los eremitas — dice Rhys Davids — se entregaron a la renunciación y auto-mortificación, viviendo de raíces y de frutas. Un profesor de auto-tortura, antes citado, enumera veintidós métodos de atormentar el cuerpo en materia de alimento, trece en lo relativo a vestido, y cinco en cuanto a la posición («Early Budhism»); y así las palabras de Kabir, tácitamente comentadas por Tagore, cobran una significación revolucionaria de las más palpitantes en su tiempo y en su medio.

De allí derivó su consagración a la enseñanza de que hablo al comienzo de esta conversación; y coincidiendo con los más avanzados educadores de Occidente, ha preferido la escuela campestre, de vida común de familia y en libertad, con todos los encantos y limitaciones del hogar y de la hermandad espiritual del trabajo, del estudio y del recreo conjuntos, bajo la paternal dirección del maestro, de El, del insustituible, del que es El mismo toda la escuela. "Con frecuencia se me pregunta — dice Tagore en su libro «Personalidad» — cuál es la idea sobre la cual está basada mi escuela... En primer lugar, debo confesar que es difícil para mí decir cuál es esa idea sobre que

se fundamenta mi institución. Porque la idea no es como un cimiento fijo sobre el cual se erige un edificio. Es más bien como una semilla que no puede ser separada y obligada a crecer como una planta..." Quiso decir el maestro que su escuela era un reflejo de sí mismo; que el amor recíproco, el amor al prójimo, el amor de la naturaleza y el amor a Dios, eran el alma de la vida escolar y de la enseñanza, toda; y basta leer el capítulo "Mi escuela" de este libro, y en «Shantiniketan», de W. Pearson, para comprender que esta fundación es una vocación profunda hacia un ideal de patria y humanidad, realizada en la forma más racional y sencilla, y en el medio más libre y fecundo, en plena naturaleza. Que es una consagración, el mismo Tagore lo relata en la introducción al libro de Pearson, cuando cuenta la visión de la vida solitaria de la India antigua, "en la solemne reclusión de sus selvas"; y "la voz me llegó en lengua védica, desde los "ashrams" — los santuarios selváticos del pasado, — con el mandato: Ven a mí como los ríos al mar, como los días y las noches hacia la plenitud de su ciclo anual. Que nuestra adquisición y comunicación de la verdad sea llena de la irradiación de la luz: no nos pongamos en conflicto unos con otros. Que nuestros espíritus se encaminen hacia su bien supremo. Mi corazón respondió al llamamiento, y yo resolví hacer lo posible para traer a la superficie, para nuestra diaria purificación, la corriente de ideales que surgió de las cimas de nuestro pasado, corriendo subterráneamente en las profundidades del suelo de la India — los ideales de simplicidad de vida, claridad de visión espiritual, pureza de corazón, armonía con el universo y conciencia de la personalidad infinita en toda la creación... Así la exclusividad de mi vida literaria quemó tres barreras, "poniéndose en contacto con las más hondas aspiraciones de mi país, que yacen ocultas en su corazón". Y la escuela de Shantiniketan, en Bolpur, fué y es una de las realidades más bellas del mundo, nacida de una emoción, de un recuerdo, de un vago y remoto ideal, con toda la fuerza de una impulsión ancestral irresistible. Como es obra hecha y mantenida y calentada por el amor de un hombre superior hacia sus conciudadanos y sus semejantes de toda la tierra, será templo de amor, germen de cultura y grandeza espiritual, y surtidor de paz que conducirán por el mundo todos sus hijos, con la unción religiosa que les transmite todas las mañanas y las noches la plegaria profana y sacra del maestro, que es ya Rishi, Suffi, apóstol y bardo. Aeda de una patria y de una época, cuyos cantos proféticos tendrán muy pronto en el cielo hoy ensangrentado de nuestro tiempo una luminosa transfiguración de paz y solidaridad humana.

Que un rayo de estas bendiciones futuras ilumine el suelo de esta patria nuestra, donde el odio sembró su tenaz semilla; donde la li-

bertad tarda en brotar de un suelo tan diezmado por la sangre y el prejuicio y el egoísmo; donde la ayuda, la benevolencia, la tolerancia y la solidaridad no han nacido de los viejos surcos, y donde la cosecha de Amor y de Ideal, que enriquece a las naciones más que el trigo, la carne y el metal, es una honda esperanza y una ardiente visión del que ha escrito estas líneas y del que ha hundido su arado en el campo de una antigua siembra de la raza, cuando ésta se hallaba en la hora de su desposorio con la vida y con el mundo...

Buenos Aires, agosto de 1918.

J. V. González